

perdura, entonces se puede afirmar que alguien ha escrito una bella obra. Tiempo habrá, si la voluntad existe, para que el vaso comunique la transparencia del agua.

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At388-57DLEC10057>

*“Un día de luz”, por Guillermo Atías*

Chile es el país sudamericano que, con relación al número de sus habitantes, posee la clase media más amplia. Esta clase, que crece de año en año, estimulada por una aristocracia ya sin programa y por un proletariado insurgente, representa un amortiguador ante cualquier extremismo político y, consiguientemente, opera como una eficaz garantía para el mantenimiento del régimen democrático.

La novelística chilena, en los primeros tramos de este siglo, captó principalmente la vida del campo, con sus paisajes, sus costumbres y su peculiar lenguaje. Ahí está, testimoniándola, la obra de Orrego Luco, Federico Gana, Mariano Latorre, Luis Durand, Rafael Maluenda, etc. Tal escenario resultaba entonces pertinente. La tierra ofrecía, a más de fruta, trigo y otros cereales, argumentos apropiados para calar la chilenidad.

Pero en los últimos 20 años, la vida de las ciudades ha cobrado cada vez mayor preeminencia. Las fábricas, el comercio, la administración oficinesca, los edificios de departamentos, etc., han pasado a constituir una base cada vez más rica para la creación literaria. De ahí esa tendencia de la literatura nacional de abandonar el criollismo campesino y de edificar una literatura urbana, alumbrada por luz fluorescente y casi con olor a bencina. Los escritores más jóvenes de Chile —José Donoso, Claudio Giaconi, Enrique Lafourcade, etc.— echan a andar sus personajes no ya por caminos polvorientos y olorosos a boldos, sino por portales atestados de presurosas muchedumbres.

Guillermo Atías —43 años, ovalino, empleado de Banco— es uno de ellos. Experto en narrar las pequeñas vicisitudes de la clase media, exhibe el don inapreciable de la espontaneidad.

Sus relatos, escritos en estilo sencillo y directo, sin encajes retóricos, suele calar hondo. Sabe coger esos detalles reveladores de los estratos menos sospechosos del alma humana. Esos relatos, sí, tienen el ritmo de novela y carecen de la estructura del cuento tradicional.

El acceso de Guillermo Atías a la literatura, lo hizo a través de algunos cuentos que fueron recogidos en antologías. En 1955 publicó una novela, "El Tiempo Banal", en la cual demostró al menos que el tiempo que el lector empleara leyéndola no tenía nada de banal. Esa novela mereció el Primer Premio de un concurso organizado por el Sindicato de Escritores. Posteriormente, Atías ha editado un conjunto de cuentos con el luminoso título de "Un día de luz". Son variaciones sobre el mismo tema: las peripecias anónimas de la clase media.

En este libro Guillermo Atías describe a los esposos aburridos, a los burócratas explotados y a otros sujetos sin horizonte. Lo hace con el desencanto típico de quien inspecciona demasiado. De esta suerte, sus cuadros de la clase media carecen de esa ternura e indulgencia que tienen los de Anton Chejov, autor al cual en algo se parece. Véase por ejemplo, la objetividad implacable con que Atías en su cuento "El Jefe" describe los estados anímicos de un jefe y un subalterno que por azar viajan juntos: "Mientras el auto corre suavemente por la ciudad, ambos aprecian cuán distinto es el universo que los separa. El primero, para facilitar el trato, abandona la circunspección y hasta murmura una vulgaridad que desgraciadamente de nada sirve: en sus labios suena a falsa. El otro trata de elevarse en su pequeñez, pero su gesto parece el esfuerzo de un enano. La tentativa es inútil y cuando se bajan del coche se sienten aliviados".

Guillermo Atías, en el primer cuento de este último libro suyo, realiza una proeza: hace una presentación artística de la vulgaridad. Tarea nada fácil. Cuando se quiere describir la vulgaridad —o sea el 95% de la vida— lo común es que, a fuerza de fidelidad virtual, se escriban páginas ramplonas. Atías, en "El Abogado de Ojos Color Café", que no es propiamente un cuento, sino el relato sobre un trazo cualquiera de la vida cotidiana de un hombre casado —y cazado—, da una

visión artística, gracias a que sabe descubrir ciertos puntos claves del tema elegido. Este cuento, sin embargo, no tiene argumento, como tampoco lo tiene preestablecido la vida real, esa cadena de sucesos diversos que "cada hombre debe ir haciendo, quiera o no, todos los días", al decir de Ortega y Gasset. He ahí el hallazgo, o punto clave del caso: "La mujer entra a la alcoba. Conserva un resto de belleza en el rostro, ahora ajado. ¿Y cómo no, si ella también sufre y lucha sin saber para qué?"

Una de las ventajas que suelen tener los escritores es que, con menos aparato, son los primeros en ver los tesoros tan buscados por los filósofos y psicólogos. En esa simple frase de Atías "sufre y lucha sin saber para qué" está íntegro, con la síntesis medular de una almendra, el Existencialismo, esa corriente filosófica hoy de moda y sobre la cual se han escrito incontables volúmenes. He ahí, en tres palabras, esa nueva actitud del género humano, el cual a esta altura, decepcionado ya de esencias infecundas, gasta desbocadamente todas sus reservas vitales para descubrir, al cabo de tantas vueltas, que su destino, aparentemente tan majestuoso, es la Nada.

Este relato existencialista de Atías termina así: "Para suerte de todos, tendrá él que desaparecer un día no lejano sin perturbar con su desdichada queja la alegría de la humanidad, incluyendo la fiesta de su miseria". Imposible articular un epitafio más exacto para la existencia de algunos individuos raros que, al sentirse fracasados en la convivencia con el prójimo, se consuelan con los paraísos artificiales de una densa vida interior, es decir, con una fuga hacia dentro. Se sabe, por ejemplo, que Paul Gauguín, para poder dejar su mensaje multicolor, huyó de las rejas de un Banco y de los compromisos de París hacia las solitarias islas de Tahití; lo que no se sabe es que en todas las metrópolis hay muchos congéneres suyos a los cuales, por incapacidad para la acción, no les queda más huida que hacia su propio y hermético aislamiento.

"Un día de luz" se compone de cinco relatos que se dejan leer sin dificultades. La visión pesimista del mundo reflejada en ellos, tal vez no haya que imputársela al autor. Después de todo el novelista, o la novela, como apuntó Stendhal, es sólo "un espejo que se pasea por el camino". Luego, todas las imágenes

que en ese espejo se reflejen, si son en exceso sombrías, no es por culpa del espejo mismo sino de la propia realidad que durante algunas etapas históricas se tiñe de esa coloración. Para seguir viviendo con fe, es claro, conviene no olvidar que desde el primer día de la creación, cada noche, por muy oscura que sea, es sólo la anticipación de la aurora de un nuevo día.

EDMUNDO CONCHA.

*"El Arbol Siempre Verde", por Manuel Rojas.*

Editorial Zig-Zag, 1960

Los relatos de Manuel Rojas, así como también los poemas, constituyen casi todos una sentida y franca extraversión de sus duras experiencias en la lucha por subsistir, en la lucha por hacerse y sentirse hombre, por entender el mundo y entenderse a sí mismo, en la lucha por lograr una afirmación inteligente ante la vida.

Poco importa que en algunos cuentos no hable, o hable subsidiariamente, de su persona; siempre el núcleo del interés descansa en un gesto o en una escena que recoge y expresa lo más caro a la afectividad de Rojas: el sentimiento solidario frente al dolor, el compañerismo fraterno, la amistad profunda y leal.

Tanto es así que bastaría eliminar ese gesto o esa escena para que el relato se derrumbara al nivel de aquéllos pocos en que el escritor da forma a una comicidad de piedra o a una "filosofía a la violeta".

La vida de Manuel Rojas se ha desenvuelto en medio de alternativas tan espectaculares que sólo le bastaría narrarlas objetiva, externamente, para hilar cuentos y novelas con más aventuras que un folletín de Dumas.

Pero no es la superficie de los hechos lo que le interesa dar a conocer. Únicamente en la medida en que esos hechos aprehenden o pueden ilustrar la ternura yacente bajo su rudeza, únicamente en tal medida los sintetiza a través de la imagen